

Isabel Banal y las esferas de la vida

Blanca Garí

¿Qué tendrán las campanas entonando los días y las horas? ¿Qué tendrán cuando llaman a los fieles a repetir el gesto cotidiano? Aun hoy, en tiempos de relojes, qué tendrán las campanas que, ancestras del presente, al oírlas repicar sentimos un algo de orfandad, una especie de carencia sin nombre, una nostalgia.

Yo creo saber qué es lo que tienen. Lo aprendí, me parece, de pequeña. Me lo enseñó un gong redondo y grande que colgaba de la entrada del salón de una casa de verano solariega. Para que hablara, empuñabas un palo de madera rematado por una bola forrada con una vieja tela. La madera brillaba gastada por manos que la habían acariciado muchas veces. Si lo hacías sonar, llamabas a mil cosas importantes, incluidas la oración y la comida; llamabas como un eco repetido al infinito, siguiendo los días y las horas.

Se trata de cosas del pasado y, sin embargo, encierran un saber que no caduca. Se trata del recuerdo del ciclo de la vida que se expresa en mil formas, en círculos concéntricos, en espirales de experiencia repetida, en esferas de relación, en horizontes que son siempre los mismos y siempre contemplados desde una diferente perspectiva. El acto de vivir es una especie de canción que al acabar de nuevo recomienza, y dentro de ella hay también un estribillo que vuelve y vuelve acompasadamente para decirlos que la vida nos cuida a todas horas. Por la mañana, por la tarde, por la noche. Cuida de ti cuando amanece, cuando el sol brilla en el cenit, y cuando la tarde cae, en el ocaso, y te cuida cuando emerge de nuevo la raya de la aurora. Pero sobre todo hay algo en el sonido de la vida que, si ha de tener un color, ése es el blanco, un algo blanco que recuerda en el presente el eterno acto materno y cotidiano. Es la leche nutricia del alba que anuncia el retorno perpetuo y que, sin revelarla del todo, contiene, preserva y anuncia la semilla y el fruto. Un algo que anuncia el pan, nuestro pan de cada día.

Los cuadros de Isabel son todos blancos. Lo son porque esconden el secreto que hemos llamado pan y que puede también llamarse vida. Su blancura cifra el repicar de las campanas en un modo diverso al bronce del badajo. Partir y compartir lo cotidiano, pan o vida, es un acto ritual que, lo sepamos o no, llevamos dentro. Parece simple. Isabel apenas lo señala cuatro veces, en cuatro pinceladas que enuncian los pilares de la vida cotidiana. Cuatro momentos de relación y de alimento: *esmorzar, dinar, berenar, sopar*, aparecen apenas esbozados, blanco sobre blanco, en su pintura. El gesto del pincel encierra todo un ciclo para encerrarlo todo, como si más no hubiera. Y es que no hay más; o mejor dicho no lo hay fuera del cuadro. El más que pueda haber es el anuncio del que la pintura misma está preñada. Una llamada a vivir según el origen de la existencia, una invitación al círculo, a la espiral y a la esfera.

Contemplando el cuadro de Isabel pienso en mí misma. En la niña del gong, eso seguro. Pero también en otra persona, la de ahora, y en lo posible hoy. Pienso en esa manera de compartir el pan circularmente, dejando que fluya como una cantinela lo que somos, lo que sabemos, lo que amamos. Esferas de relación. ¿Será blanco ese amor tan cotidiano?

**Text de Blanca Garí publicat a: *La Relació. Documents 2000-2008*.
Barcelona: Duoda, Centre de Recerca de dones / Publicacions i Edicions
Universitat de Barcelona, 2009: 97**